

Michel Houellebecq

Las partículas elementales

Traducción de Encarna Castejón



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Les particules élémentaires
© Flammarion
París, 1998

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: «Límites corporales», Sandy Skoglund

Primera edición española en «Panorama de narrativas»: octubre 1999
Quinta edición española en «Panorama de narrativas»: septiembre 2005
Primera edición española en «Compactos»: septiembre 2002
Decimoquinta edición española en «Compactos»: mayo 2011
Primera edición impresa en Argentina: diciembre 2011
Segunda edición impresa en Argentina: julio 2012
Tercera edición impresa en Argentina: septiembre 2013

© De la traducción, Encarna Castejón, 1999
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 1999
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6895-1
Depósito Legal: B. 34835-2005

La presente edición ha sido realizada
por convenio con Riverside Agency, S.A.C.

Impreso en Argentina
Printig Books - Buenos Aires

PRÓLOGO

Este libro es, ante todo, la historia de un hombre que vivió la mayor parte de su vida en Europa Occidental, durante la segunda mitad del siglo XX. Aunque por lo general estuvo solo, mantuvo de vez en cuando relaciones con otros hombres. Vivió en tiempos de agitación y desdicha. El país que le vio nacer se inclinaba lenta pero inexorablemente hacia la zona económica de los países medio pobres; acechados a menudo por la miseria, los hombres de su generación se pasaron además la vida en medio de la soledad y la amargura. Los sentimientos de amor, ternura y fraternidad humana habían desaparecido en gran medida; en sus relaciones mutuas, sus contemporáneos casi siempre daban muestras de indiferencia, e incluso de crueldad.

En el momento de su desaparición, Michel Djerzinski era unánimemente considerado un biólogo de primer orden, y se pensaba seriamente en él para el Premio Nobel; su verdadera importancia no saldría a la luz hasta un poco más tarde.

En la época en la que vivió Djerzinski, casi todos consideraban que la filosofía estaba desprovista de cualquier importancia práctica, incluso de objeto. En realidad, la visión del mundo adoptada con mayor frecuencia en un momento dado por los miembros de una sociedad determina su economía, su política y sus costumbres.

Las mutaciones metafísicas —es decir, las transiciones radicales y globales de la visión del mundo adoptada por la mayoría— son raras en la historia de la humanidad. Como ejemplo, se puede citar la aparición del cristianismo.

En cuanto se produce una mutación metafísica, se desarrolla sin encontrar resistencia hasta sus últimas consecuencias. Barre sin ni siquiera prestarles atención los sistemas económicos y políticos, los juicios estéticos, las jerarquías sociales. No hay fuerza humana que pueda interrumpir su curso..., salvo la aparición de una nueva mutación metafísica.

No se puede decir que las mutaciones metafísicas afecten especialmente a las sociedades debilitadas, ya en declive. Cuando apareció el cristianismo, el Imperio romano estaba en la cúspide de su poder; perfectamente organizado, dominaba el universo conocido; su superioridad técnica y militar no tenía parangón; aun así, tampoco tenía la menor oportunidad. Cuando apareció la ciencia moderna, el cristianismo medieval constituía un sistema completo de comprensión del hombre y el universo; servía de base al gobierno de los pueblos, producía conocimientos y obras, decidía tanto la paz como la guerra, organizaba la producción y la distribución de los bienes; nada de todo esto iba a impedir que se viera abajo.

Michel Djerzinski no fue ni el primero ni el principal artífice de esta tercera mutación metafísica, en muchos sentidos la más radical, que iba a inaugurar un nuevo período en la historia del mundo; pero, a causa de ciertas circunstancias muy particulares, fue mientras vivió uno de los artífices más conscientes, más lúcidos.

*Hoy vivimos en un reino completamente nuevo,
Y la mezcla de circunstancias envuelve nuestros cuerpos,
Baña nuestros cuerpos,
En un halo de júbilo.
Lo que los hombres de antaño presintieron a veces a través
de la música,
Nosotros lo llevamos a la práctica cada día.
Lo que para ellos pertenecía al campo de lo inaccesible y de
lo absoluto,
Nosotros lo consideramos algo sencillo y conocido.
Sin embargo, no despreciamos a esos hombres;
Sabemos lo que debemos a sus sueños,
Sabemos que no seríamos nada sin la mezcla de dolor y ale-
gría que fue su historia,
Sabemos que llevaban nuestra imagen dentro cuando atra-
vesaban el odio y el miedo, cuando chocaban en la oscuridad,
Cuando escribían, poco a poco, su historia.
Sabemos que no habrían sido, que ni siquiera podrían ha-
ber sido, sin guardar en el fondo de su corazón esa esperanza,
Ni siquiera podrían haber existido sin su sueño.
Ahora que vivimos en la luz,
Ahora que vivimos en las cercanías inmediatas de la luz
Y que la luz baña nuestros cuerpos,*

*Envuelve nuestros cuerpos,
En un halo de júbilo,
Ahora que nos hemos establecido en las cercanías inmedia-
tas del río,
En tardes inagotables*

*Ahora que la luz en torno a nuestros cuerpos se ha vuelto
palpable,
Ahora que hemos llegado a nuestro destino
Y que hemos dejado atrás el universo de la separación,
El universo mental de la separación,
Para bañarnos en la alegría inmóvil y fecunda
De una nueva ley,
Hoy,
Por primera vez,
Podemos contar el final del antiguo reino.*

Primera parte

El reino perdido

El 1 de julio de 1998 caía en miércoles. Así que con toda lógica, aunque fuese poco habitual, Djerzinski organizó su copa de despedida un martes por la tarde. Entre las cubetas de congelación de embriones y un poco aplastado por su volumen, un refrigerador Brandt albergaba las botellas de champán; por lo general servía para conservar los productos químicos corrientes.

Cuatro botellas para quince; era un poco justo. Por lo demás, todo era un poco justo; las motivaciones que los reunían eran superficiales; una palabra torpe, una mirada de reojo y el grupo corría el riesgo de dispersarse, de que cada cual saliera corriendo hacia su coche. Estaban en una habitación climatizada del sótano, embaldosada en blanco, decorada con un póster de lagos alemanes. Nadie había propuesto que hicieran fotos. Un joven investigador llegado a principios del año, un barbudo de aspecto estúpido, se eclipsó al cabo de unos minutos con la excusa de tener problemas de garaje. Un malestar cada vez más perceptible se extendió entre los invitados; las vacaciones llegarían pronto. Algunos iban a la casa familiar, otros hacían turismo verde. Las palabras cruzadas restallaban lentamente en el aire. Se separaron deprisa.

A las siete y media, todo había terminado. Djerzinski atravesó el aparcamiento en compañía de una colega de largo pelo negro, piel muy blanca y senos voluminosos. Era un poco mayor que él; estaba claro que le sucedería en la dirección de la unidad de investigación. La mayor parte de sus publicaciones trataban sobre el gen DAF3 de la drosófila; era soltera.

Delante de su Toyota le tendió la mano a la investigadora, sonriendo (hacía unos segundos que preveía hacer ese gesto, acompañar el apretón de una sonrisa, y se preparaba mentalmente). Las palmas se unieron, sacudiéndose con suavidad. Pensó, un poco tarde, que a ese apretón le faltaba calidez; teniendo en cuenta las circunstancias podrían haberse besado, como hacen los ministros o algunos cantantes.

Consumado el adiós, él se quedó en el coche durante cinco minutos que le parecieron largos. ¿Por qué no arrancaba ella? ¿Se masturbaba escuchando a Brahms? ¿Pensaba, por el contrario, en su carrera, en sus nuevas responsabilidades y, de ser así, se alegraba? Por fin, el Golf de la genética salió del aparcamiento; estaba solo de nuevo. El día había sido estupendo, y todavía hacía calor. En aquellas semanas de comienzos de verano, todo parecía petrificado en una radiante inmovilidad; sin embargo, Djerzinski era consciente de ello, los días ya habían empezado a acortarse.

Había trabajado en un entorno privilegiado, pensó, arrancando a su vez. A la pregunta «¿Cree que al vivir en Palaiseau disfruta de un entorno privilegiado?», el 63% de los habitantes contestaban «Sí». Era comprensible; los edificios eran bajos, separados por una extensión de césped. Varios hipermercados permitían hacer la compra con facilidad; la idea de *calidad de vida* no parecía excesiva cuando se aplicaba a Palaiseau.

Hacia París, la autopista del sur estaba desierta. Tenía la impresión de estar en una película de ciencia ficción neozelandesa que había visto en sus años de estudiante: el último

hombre sobre la Tierra, tras la desaparición de cualquier tipo de vida. Algo en la atmósfera evocaba un apocalipsis seco.

Hacía unos diez años que Djerzinski vivía en la rue Frémicourt; se había acostumbrado a ella, el barrio era tranquilo. En 1993, sintió necesidad de compañía; algo que le diera la bienvenida al volver cada tarde. Eligió un canario blanco, un animal tímido. Cantaba, sobre todo por las mañanas; sin embargo, no parecía feliz; pero ¿puede ser feliz un canario? La alegría es una emoción intensa y profunda, un sentimiento exaltante de plenitud experimentado por toda la conciencia; se puede comparar con la embriaguez, con el arrebato, con el éxtasis. Una vez sacó al pájaro de la jaula. Aterrorizado, éste se cagó en el sofá antes de lanzarse contra los hierros de la jaula, en busca de la puerta de entrada. Volvió a intentarlo un mes más tarde. Esta vez, el pobre animal se cayó por la ventana; amortiguando lo mejor que pudo la caída, el pájaro consiguió posarse en un balcón del edificio de enfrente, cinco pisos más abajo. Michel tuvo que esperar a que volviera su ocupante, confiando ansiosamente en que no tuviera gato. Resultó que la chica era redactora de *20 Ans*, vivía sola y regresaba tarde. No tenía gato.

Había caído la noche; Michel recuperó al animalito, que temblaba de frío y de miedo, acurrucado contra la pared de hormigón. Se cruzó de nuevo con la redactora varias veces, casi siempre al sacar la basura. Ella inclinaba la cabeza, probablemente como signo de reconocimiento; él hacía lo mismo. Al fin y al cabo, el incidente le había permitido establecer una relación de vecindad; en ese sentido, estaba bien.

Por las ventanas podía ver una docena de edificios, es decir, unos trescientos apartamentos. En general, cuando volvía por la tarde, el canario empezaba a silbar y gorjear, cosa que duraba de cinco a diez minutos; después él le cambiaba el alpiste, la arenilla y el agua. Sin embargo, esa tarde le recibió el silencio. Se acercó a la jaula: el pájaro estaba muerto. Su cuerpecillo blanco, ya frío, yacía de costado sobre el fondo de arenilla.

Cenó una bandeja de lubina al hinojo de Monoprix Gourmet, que acompañó con un mediocre Valdepeñas. Tras alguna vacilación depositó el cadáver del pájaro en una bolsa de plástico, la lastró con una botella de cerveza y lo tiró todo al colector de basura. ¿Qué más podía hacer? ¿Decir una misa?

Nunca había sabido adónde iba a parar ese colector, con su exigua entrada (aunque suficiente para dejar pasar el cuerpo de un canario). No obstante, soñó con gigantescos cubos de basura llenos de filtros de café, de raviolis en salsa y de órganos sexuales cortados. Gusanos gigantes, tan grandes como el pájaro y provistos de pico, atacaban su cadáver. Le arrancaban las patas, le despedazaban las tripas, le reventaban los globos oculares. Se levantó por la noche, temblando; apenas era la una y media de la madrugada. Se tomó tres sedantes. Así terminó su primera velada en libertad.